

## CAPITULO XV.

Mi felicidad por su honra.

¿Quién es esa jóven, hermosa como el pensamiento de la felicidad, melancólica y dulce como el recuerdo de nuestros primeros años, de cuyos hermosos ojos se desprenden algunas brillantes lágrimas que van á caer sobre los cortos renglones trazados en un perfumado papel de color amarillo claro que en su blanca mano sostiene abatida?

Cualquiera al contemplarla rodeada de celestial belleza, de indefinibles gracias y de mágicos hechizos, la creeria la encantadora Psiquis, cifra y compendio de toda humana belleza en el cuerpo, tesoro de in-

cencia, candor y sensibilidad en el alma, de quien el mismo Amor fué ciego admirador y rendido amante.

¡Pero ¿por qué llora? ¿Por qué baña su apacible rostro ese misterioso llanto que anubla el limpio sol de su angelical mirada? ¿Será por desgracia cierto que *es la desdicha estrella de la beldad?*

¡Ay! ¡la desdicha es la estrella de la humanidad entera! ¡la triste herencia de los afligidos descendientes de Adan!

Sino que entre los numerosos miembros de la gran familia racional sobre la cual pesa la amarga carga del infortunio, el sér que mas padece y sufre es la mujer; ángel de resignacion y de pureza; flor trasplantada de los célicos pensiles de los bienaventurados al desierto arenal del mundo para embalsamar la triste vida del hombre, inclinando melancólica su corola al recio soplo de crudo vendabal desprendido de los senos de la intriga y de las exigencias de una sociedad egoista.

¡Sí; esa mujer llora; y llora.... ¡porque es mujer! esto es, porque es sensible, obedi-

te y tierna; porque abriga en su corazón una pasión noble, profunda, inconmensurable; y subordina ese gran sentimiento del alma, á la gratitud!

Ama á un sér que se abrasa en su mismo fuego; que sufre al par que ella; que es su vida, su esperanza, su anhelo; y sin embargo, avasalla todos los afectos, por no manifestarse desagradecida á los beneficios del hombre que le ha cuidado con el esmero de un buen padre, y que desaprueba su amor.

¡Padece y llora para no hacer padecer y llorar al que le dá el dulce título de hija!

Un hombre hubiera roto los lazos de todas las consideraciones, posponiéndolas á los derechos de su voluntad; pero la mujer, cuyo pecho es el templo del cariño, de la gratitud y de la sublime abnegación de sí misma, rara vez se resuelve á contrariar á las personas que le han dispensado beneficios! No arroja de su pecho al sér que idolatra; pero espera á que su constancia, sus lágrimas y su obediencia, alcancen de los que se oponen á su sentido cariño, el dul-

ce consentimiento que ponga feliz término á su amorosa pena y sus desdichas!

¡Rasgo sublime de virtud con que la mujer se enaltece á los ojos del hombre mismo que la quisiera ver menos obediente á su familia; pero que, cuando ha alcanzado su mano, ve en aquella obediencia la mas segura garantía de su fidelidad!

La melancólica jóven que nos ocupa, estaba lánguidamente sentada en una elegante silla colocada detras de las flotantes cortinas que velaban las limpias vidrieras de una graciosa puerta con vista á un delicado y primoroso jardín alfombrado de exquisitas flores.

El sol, envuelto en un trono de purpúreas nubes, descendía magestuosamente en alas de las horas, á otro lejano hemisferio, bañando con los últimos rayos de su moribunda mirada, los aéreos contornos de la interesante jóven.

Sobre el flotante ropaje de finísima gasa blanca de seda, embellecido con ricos y graciosos adornos, que vela las redondas formas de su esbelto cuerpo, resbala en lu-

cientes cambiantes la vespertina luz crepuscular que, dudando penetrar por entre los ligeros pliegues de las candidas cortinas, suaviza el encendido color que el astro principal le envía, comunicando al celestial semblante de la hermosa, esas misteriosas tintas que espiritualizan el rostro de las vírgenes de Murillo.

Una graciosa guirnalda de flores mas blancas que las candidas azucenas, descansa sobre el ondulado cabello que vela su poética cabeza, como símbolo de la pureza de un corazón virginal y sin mancha,

Un exquisito hilo de perlas preciosas, cerrado por una cruz de brillantes, trabajada con sorprendente maestría, rodeaba su redonda y nevada garganta, airosa como la del cisne al cruzar las dormidas ondas del apacible lago.

Al contemplarla tan triste y tan hermosa, mostrando en su elegante y rico traje los bienes de fortuna que de felicidad le faltaban al alma, el adorno en su tocado y las lágrimas en sus dulces ojos, se la hubiera creído á la inconsolable diosa de la

hermosura, á la hechicera Venus llorando la muerte de su querido Adonis, despues de recoger el último suspiro de su pecho.

La hermosa jóven, queriendo encontrar un lenitivo á sus penas, levantó su lánguida cabeza, separó con su blanca mano la cándida cortina que velaba la vidriera, y paseó su melancólica mirada por el florífero jardín vertiendo sobre los pliegues de su elegante vestido abundante llanto, como descorre la vaporosa Aurora el nubífero pabellon que vela su esplendente carro, para dirigir á la tierra su celestial mirada, derramando de sus amantes ojos las dulces lágrimas que vierte por la muerte de su hijo á manos del poderoso Aquiles; lágrimas de amor y de ternura que los mortales denominamos rocío.

—Flores en que he leído hasta hoy la triste historia de mi amor!—exclamó conmovida la jóven:—¡compañeras y mudas confidentes de mis penas y de mis lágrimas! ¡páginas sagradas de mi cariño que acarician las perfumadas auras! ¡inclinad al suelo vuestras lucientes corolas! ¡inclinadlas

desde este día en que vuestra inseparable amiga y cuidadora os envía su última mirada....! Sí; ¡la última! porque mañana acaso, no le será permitido á esta pobre mujer fijar sus llorosos ojos en los caros objetos que recuerden á su alma dolorida los instantes de soñada felicidad, y los dulces acentos consagrados al sér en quien cifraba su risueño porvenir y su ventura....!

Y no pudo continuar.

El llanto nubló sus ojos, y los suspiros ahogaron la voz en su garganta.

Céfiro inquieto bate sus aromáticas alas y murmura entre las flores el suspiro de la hermosa, y sube, envuelto entre el perfume de las plantas, hasta el nítido pabellon del cielo, llevando vagaroso en los ligeros pliegues de su aérea vestidura las melancólicas palabras de la jóven.

Tristes parecen discurrir las poéticas fuentejillas del jardín por el alfombrado descenso, y asocian su melancólico murmullo al de las sonantes hojas de los sauces que se inclinan á la tierra simbolizando el dolor y la melancolía.

Las pintadas flores que poco antes ostentaban el esmaltado brillo de sus delicados pétalos en vistosos grupos de fragantes exhalaciones, ahora, lánguidas y tristes, inclinan sus apacibles corolas, dominadas por el seductor desmayo del astro que se oculta en una tumba de oscilantes nubes, teñidas de rosicler y grana.

Al rededor de un apacible estanque se levantan pintorescos, en duplicado círculo, los vistosos y aromáticos naranjos, sobre cuyas verdes copas, depositan las auras las ligeras particulas del dormido lago en que han mojado sus vaporosas alas, reflejando en sus brillantes gotas la misteriosa luz del crepúsculo, y evaporándose en el éter, en cuajadas perlas transparentes que vagan errantes por la atmósfera.

La hermosa jóven contempló el sentimiento de la naturaleza, y exhaló un suspiro.

Una mujer que abria en aquel momento la puerta vidriera que comunicaba con la sala, recogió aquel suspiro que envolvía la

página mas amarga de la existencia de la hermosa.

—¡Pobre Clotilde!—Dijo para sí la mujer quedándose en el umbral, y mirando con cariñosa compasion á la bellissima jóven.—¡Es muy desgraciada! ¡Ni siquiera me ha sentido llegar!

Y se quedó contemplándola tristemente, y en religioso silencio.

La jóven alzó los ojos al cielo en ademan suplicante, brilló en ellos una trasparente lágrima que rodó á poco por su pálida mejilla, para dar lugar á otra y otras que brotaban del corazon, y continuó pensando.

—¡Todo acabó para mí! ¡A mi alma pura y amorosa envuelve la tristeza con su mas negro velo, y ni un rayo de dulce esperanza penetra en el fondo de mi atribulado corazon.....!

Y la hermosa guardó silencio: inclinó la cabeza sobre su agitado pecho, y fijó sus humedecidos ojos en el blanco papel que en la mano sostenia

—¡Pobre Leopoldo! ¡me ama!—continuó diciendo:—¡Estos versos, única prenda su-

ya que no me han arrebatado, me revelan el profundo y acendrado cariño de aquella alma que vivifica la mia! ¡En ellos me dice que sea feliz! ¡Feliz! ¡Ah! ¡cómo puede ser feliz quien mira el imposible de su dicha! ¡Quién puede ser feliz cuando le separan para siempre del objeto que ama, y le encadenan al sér que destroza su corazon!

No! ¡ya no hay felicidad para mí sobre la tierra! ¡El llanto y el dolor me acompañarán constantemente! ¡Tenia en el mundo dos séres cuyo recuerdo embalsamaba la amarga hiel de mi existencia! Estos dos séres eran tú y mi tierna amiga.... mi dulce protectora Inés.... ¡Ahora ya solo me queda uno! ¡Inés! sí; ella sola; ¡porque desde mañana tu recuerdo podria manchar mi honra!

La mujer que parada en el umbral escuchaba, se llevó el pañuelo á los ojos para enjugarse algunas lágrimas!

La sombra que al levantar la mano se dibujó en la pared, llamó la atencion de la jóven que dirigió lánguidamente la vista hácia la puerta.

—¡Ah! ¿Es vd. mi excelente protectora? Exclamó sonriendo dulce y tristemente.

—¡Yo, sí, Clotilde; tu madre, tu amiga que padece porque te ve padecer!

Y se acercó lentamente hácia la jóven; la tomó una de las manos que estrechó con cariñoso afán contra su pecho, imprimió en su serena frente un beso maternal, y se sentó á su lado dejando leer en su apacible rostro toda la bondad, toda la ternura, toda la sensibilidad de una alma noble y bondadosa.

—¿Qué tienes, hija mia; qué tienes?—Le preguntó la hermosa Inés conmovida por el llanto que asomaba á los dulces ojos de Clotilde:—¿Por qué te entregas sin consuelo al dolor que envuelve con un velo de tristeza tu angélico semblante?

—¡Y me lo pregunta vd., madre mia! ¿No sabe vd., lo mismo que yo, que se acerca el momento terrible de renunciar á lo que mas amaba en la tierra.... á lo que mas amo aún...! ¿No me ve vd. adornada para consumir el sacrificio mas horrible que se puede exigir de una pobre mujer! ¡el sacri-

ficio de unirse al hombre á quien nunca ha amado; á quien no ama; á quien nunca podrá amar! ¡Soy la triste Vestal á quien no se consulta su voluntad; de quien se dispone; á quien se le adorna para conducirle á que pronuncie unos votos que rechaza su corazón! ¡votos que se ve precisada á cumplir religiosamente para que la sociedad no la sepulte en el desprecio, como sepultaba en vida, en horrendo sepulcro, á la desdichada Vestal que faltaba á unos juramentos, arrancados por la violencia y el poder!....

—¡Ah! ¡sí! ¡tienes razon, hija mia! ¡Pero no llores, no llores, por tu vida, que tus lágrimas me destrozan el corazón!

—Ayer aun el mundo se me presentaba envuelto en una atmósfera risueña, alumbrada con la consoladora luz de la esperanza! En alas de la perfumada brisa me era permitido recibir los dulces recuerdos que me enviaban en sus célicos perfumes las esmaltadas flores que acarició en un tiempo venturoso, la respetuosa mano de mi amante: veía hundirse el sol llevando en los pliegues de sus nítidos fulgores una dulcísima

esperanza; pero esta esperanza renacia risueña y engalanada con el seductor ropaje de una nueva ilusión al presentarse el astro rey en el Oriente al despuntar el día, y mi existencia se deslizaba en ese inmenso océano de dudas y de esperanzas, de temores y de mágicos ensueños que hacen oscilar en sus encontradas olas los tristes días de la vida, presentando para consuelo á lo lejos el faro de la felicidad. Pero hoy que el viento de la realidad ha deshecho el dulce hechizo que velaba mi porvenir; hoy que no veo ante mis ojos mas que el próximo término de mi escasa dicha, y en lontananza el oscuro horizonte de mis futuras penas; hoy que veo hundirse con ese melancólico sol que me alumbra, el último átomo de mi esperanza; hoy nada me queda sino el recuerdo del bien pasado, y la amargura de un porvenir de sinsabores y tormentos, amargo fruto que brotará de la fatal union que va á decidir esta noche, dentro de breves horas de mi suerte.

—Es preciso, hija mia, no renunciar todavía á la esperanza.

—¡He esperado tanto tiempo!

—¿Y si Leopoldo se presentase antes á poner en manos de mi hermano el manuscrito que revela el digno comportamiento de su padre, acusado injustamente?

—¡Oh! ¡imposible, madre mia! Ese documento desapareció para siempre, y con él mis ilusiones.

—Sin embargo, es preciso esperar.

—¡Yo nada espero ya! ¡Dentro de un instante solo seré la víctima sacrificada á la voluntad del hombre que me ha servido hasta hoy de padre: dentro de un instante solo guardaré lágrimas para el sér que he idolatrado con todas las veras de mi alma! ¡Madre, madre querida!—añadió arrojándose llorosa en los brazos de la compasiva Inés;—¿qué haré para arrancar de mi corazón el profundo sentimiento que me ahoga? ¡Ah! ¿por qué la muerte no viene en alas de mi deseo á cortar el hilo de mi triste vida, antes de que el hombre que horror me inspira, me conduzca á las gradas del altar....?

Y las lágrimas embargaron su voz.

—La compasiva Inés estrechó la mano de

la hermosa con maternal efusion de amor, y le besó en la frente con profunda emocion, sin poder proferir la menor palabra de consuelo.

La sensible Clotilde, tiernamente conmovida por el acendrado cariño de su hermosa protectora, inclinó su poética cabeza sobre el pecho de su leal amiga, depositó en él algunas amargas gotas de su llanto, y exhalando un suspiro que aligeró su pecho del enorme peso de la pena, añadió con acento enternecido y dulce.

—¡Qué será de mí, madre mia....! ¿qué será de mí, separada para siempre del hombre que era el bello ideal de mi existencia, y unida por toda una eternidad al sér que, en vez de cariño y ternura, me inspira horror y espanto....!

—¡Oh! si Leopoldo viese lo que padeces, estoy segura de que atropellaria todos los respetos.

—¡Leopoldo Leopoldo!—exclamó la jóven levantando con triste abatimiento la cabeza, y dejando ver en sus anegados ojos la expresion del sentimiento y del dolor:—

¡Ah! él ha cumplido sus juramentos con lealtad siéndome fiel hasta el último instante, y esperará que yo cumpla con los míos. ¡El querrá probar la fuerza de mi voluntad, y se habrá propuesto dejarme en libertad para resolver de mi porvenir! ¡Es tan generoso y delicado! ¡El no anhela mas que mi felicidad y mi ventura, y quisiera proporcionarme estos dos beneficios aun á costa de su vida! ¡Sí; él se condenaria á un llanto eterno por proporcionarme la tranquilidad y la ventura que á él le faltan! ¡Cuántas veces me ha dicho, “Clotilde, á tu bien y á tu ventura sacrificaría hasta la felicidad de poseerte!” ¡Y en premio de estos generosos sentimientos, nada conservo de él; nada me han dejado de él! ¡Me han quitado hasta los bellos cuadros de flores que me hablaban á todas horas de su amor! ¡Todo me lo han arrebatado á instancias de ese infame Duval! ¡Solo me quedan de él estos sentidos caracteres trazados por su mano para celebrar en época de mas esperanza mi cumpleaños! ¡Caracteres que no aparto de mi corazon y que á todas horas leo y

baño con mi llanto, y que no me he atrevido á mostrárselos á nadie. . . . ni á vd. misma, temiendo que se califique de puerilidad lo que es un eco del sentimiento del alma!

—¡Ah! ¡qué mal conoces mi corazón, hija mia! ¡Ignoras que yo guardo en el fondo de mi pecho el encendido fuego de una pasión vehemente como la tuya? ¡Has olvidado que el dulce alimento de mi vida es el recuerdo del sér que amo, y que una flor suya, una sola palabra trazada por su mano, son de mayor precio para mí que todos los tesoros de la tierra! ¡Ah! ¡yo sé lo que valen esos renglones en que el alma bebe todo el cariño, todo el amor, todos los pensamientos del alma del sér idolatrado! ¡Nada hay pueril para el que adora, cuando viene de las manos de la persona amada!

—¡Es verdad, madre mia! ¡Vd. que ama, comprende los tiernos afectos que dominan el corazón de la infeliz mujer, y no puedo perdonarme el haberle ocultado los breves renglones en que esprime el hombre que idolatro, los nobles sentimientos que atesora!

—¡Ah! leéme los. Los que se encuentran lejos de su patria no tienen otro placer que el de hablar á todas horas del país en que se han deslizado los días felices de su juventud: los que estamos separados del objeto amado, nos complacemos en escuchar las palabras de amor dirigidas á una amiga, porque despiertan en nosotros afectos dulcísimos que embalsaman la atmósfera de nuestra vida, encendiendo en nuestro pecho la ya extinguida luz de la esperanza!

—¡Sí; voy á leerlos por la última vez porque me es lícito leerlos mientras mis labios no pronuncian el terrible juramento de fidelidad á otro hombre! ¡Es una sencilla poesía, pero llena de unción y de verdad para mí! Escúchela vd., madre mia, y dígame vd. si no debo llorar la pérdida del sér que en su abnegación y su ternura revela un alma celestial y pura.

—Te escucho con atención, hija mia.

Clotilde se enjugó el llanto que velaba su vista; fijó sus hermosos ojos en el humedecido papel que sostenía en su blanca mano, y leyó con voz conmovida los siguientes

tes versos, dictados por el sentimiento del verdadero amor.

Clotilde bella, en tu día  
es la luz del sol fulgente  
mas hermosa;  
y en los rayos que te envia  
va diciendo tiernamente:  
"Sé dichosa."

El arroyo cristalino  
que las flores va besando  
placentero,  
se interesa en tu destino,  
y te dice murmurando:  
"Yo te quiero."

Los peces que en su ventura  
van cruzando ondas de plata  
de alto precio,  
dicen al ver tu faz pura  
que en las linfas se retrata:  
"Yo te aprecio."

Y el jazmin y la azucena,  
y la adelfa y dulce poma,  
que no eximo,

en la atmósfera serena  
dicen al lanzar su aroma:

"Yo te estimo."

Los canoros ruseñores,  
al venir de tu voz pura  
al reclamo,  
con sus picos trinadores,  
anhelando tu ventura  
dicen: "Te amo."

Y la brisa, el manso viento,  
y la luna, el mar profundo  
van en coro,  
repitiendo en dulce acento  
por los ámbitos del mundo:  
"Yo te adoro"

Y á esa voz del orbe entero  
va tambien mi voz unida  
y enlazada;  
ella dice, yo te quiero;  
sé feliz toda tu vida  
y adorada.

Y mi voz por valle y monte  
va tu nombre enalteciendo,  
niña hermosa;

y al pasar el horizonte,  
marcha el eco repitiendo:  
"Sé dichosa."

Sé dichosa, con dulzura,  
digo yo cual tierno amante  
que te adora;  
y la brisa que murmura  
me responde en el instante:  
"¡Sufre y llora!"

Y abatido, de amor lleno,  
busco alivio entre las flores  
á mi llama;  
y responden, de su seno  
exhalando mil olores:  
"¡Sufre y ama!"

Y demando al sol del día  
calme el dardo poderoso  
que me hiere;  
y en los rayos que me envía,  
me responde silencioso:  
"¡Sufre, y quiere!"

Busco entonces el consuelo  
en el rayo que la luna  
fiel riela,

y responde á mi desvelo  
y al dolor que me importuna:  
"¡Sufre y vela!"

Y la brisa, el mar hirviente,  
y la luna, el sol fecundo  
con su llama,  
van diciendo tristemente  
por los ámbitos del mundo:  
"¡Sufre y ama!"

Sufro y amo, sí, querida;  
mas sufriendo es venturoso  
quien te adora;  
si eres tú feliz, mi vida,  
que me diga el mundo odioso.  
"Sufre y llora."

Clotilde acabó de leer, y se quedó con los  
ojos fijos y anegados en lágrimas sobre el  
papel.

Inés leyó en aquel llanto y en la melan-  
colía que velaba el dulce rostro de la jóven,  
el intenso dolor que desgarraba su sensible  
pecho.

—¡Pobre Leopoldo!—exclamó con voz balbuciente que indicaba la profunda emoción de que estaba poseida.—¡Cuán digno se muestra de tu amor en esos cortos renglones, dictados por la pasión más pura!

—¡Ah! ¡gracias, madre mía, por la buena acogida que da vd. á sus tiernas palabras! ¡Solo vd. se interesa por mí en mi desgracia!

—¡Es porque yo también soy desgraciada como tú....! porque amo como tú, y como tú también temo perder al hombre que juzgué ya muerto.... que vive.... pero cuyo paradero ignoro!

—¡Oh! Sin embargo, á vd. no le obligan á pronunciar sagrados juramentos que sean el continuo tormento de su existencia. Pero yo que no puedo desobedecer al hombre que me ha servido de padre....

—¿Y si ese hombre llegase á desistir de su empeño?

—¡El! ¡No lo espere vd., madre mía!

—Yo tengo más confianza que tú.

—¿Será posible? ¡Ah! ¡y cómo?

—Estoy resuelta á hablar á mi hermano con toda la energía que presta la razón,

para obligarle á desistir de ese fatal enlace con Duval.

Y al decir esto tiró del cordón de la campanilla.

Una criada se presentó en el instante.

—Dí á mi hermano que deseo hablarle; que le espero aquí y que me haga favor de venir á verme.

La criada salió sin detenerse.

El corazón de Clotilde latió con violencia.

—¡Ah! ¿qué piensa vd. hacer, madre mía?

—Pienso aprovechar los cortos momentos que quedan: decirle todo lo que sufre tu corazón; lo desgraciada que serás si se empeña en llevar á cabo ese enlace, fecundo en tormentos, con un hombre cuyos antecedentes ignoramos; y si es preciso....

—¡Ah! ¡siento pasos!—Exclamó Clotilde poniéndose pálida como un difunto.—¡Sin duda es el señor Landeta! ¡Estoy temblando, y no quisiera presenciar esta entrevista.

—Bien; entra á tu aposento, querida hija, y yo te diré el resultado de nuestra conferencia.

—¡Gracias, señora, gracias! Dios coloque

en los labios de vd. las palabras mas persuasivas que conjuren la tormenta que me amenaza.

—Yo confio en la justicia que nos asiste.

—Yo tambien confiaria en ella, si fuese apoyada con el manuscrito que revelaba la inocencia del padre de Leopoldo; pero no me puedo entregar á esa dulce esperanza, cuando á nuestras palabras se oponen las intrigas de un malvado adulator.

—Pero mas que las intrigas de un malvado, puede el cielo, y en él espero en este instante. Vete, pues, hija mia, y déjame obrar libremente.

—¡Adios! ¡Adios, madre mia!

La jóven abrazó á su tierna protectora, y ésta imprimió un ósculo de amor en el bello rostro de su hija adoptiva que penetró en su alcoba enviándole una mirada de intensa gratitud.

El sol entre tanto se habia ocultado en occidente, y la noche tendió su negro velo sobre la tierra.

Inés se acercó á una mesa en que estaba un lujoso quinqué; sacó una cerilla de una

preciosa cajita, y la estancia quedó á poco iluminada.

Los pasos de un hombre que se acercaba se oyeron en aquel instante.

Inés reconoció en ellos los de su hermano.

La puerta se abrió casi en el momento, y D. Emilio se presentó en la estancia.

¡Qué pasó despues entre los dos hermanos?

Mas adelante lo sabrá el lector.

Por ahora le suplicamos nos siga á otro sitio en donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.